

de bustos de magistrados del tiempo de Luis XIV. Los izan en los pilares de sus puertas á guisa de leones. Substituir las crines por las pelucas es muy flamenco. Lo cual se hace también fuera de Flandes.

He encontrado aquí algunos periódicos. He querido leerlos; son periódicos del terruño, completamente tapizados de versos neerlandeses. La cosa es muy agradable á la vista. Parecen dibujos de guijarros y de rocallas en una gruta barroca. La gruta es *El Mensajero de Gante*.

Esta carta es interminable, ¿verdad? Escribeme otras tan largas, y me harás feliz. Empero hay que terminar, pues el correo sale á las nueve de la noche. Adiós, adorada Adela mía; adiós, Didina mía, mi Charlot, y los demás, todos mis queridos niños. Os abrazo á todos y ruego á Dios por vosotros. Mis más cariñosos afectos á tu padre.

Tu VÍCTOR

Habla de mí á mis amigos, á Luis, á Gautier, á Robelín, á Granier, Massón, Brindeau, á todos.

Mañana estaré en Brujas.

X

OSTENDE.—FURNES.—BRUJAS

Furnes, 31 de agosto, á las 7 y media de la tarde.

Tengo ante mi vista al comenzar esta carta, esposa mía, una de las playas más bonitas que he visto en mi vida; frente por frente un noble palacio comunal del Renacimiento, cuya torre es gótica, aunque estropeada la cúspide por una balaustrada de pantorrillas; á la izquierda varias casas de diversos estilos muy bien contrastados; enfrente, al lado de la casa comunal, cuatro ó cinco graciosas fachadas puntiagudas del siglo xvi, por encima de las cuales se recorta sobre el crepúsculo la silueta de una nave gótica; y, en fin, á la derecha, una hermosa entrada de calle adornada de un lado por un castillejo muy severo y muy curioso, y del otro por un elegante frontón español barroco unido á otros varios; y el conjunto dominado por una soberbia aguja de ladrillo que presenta una línea magnífica. Añade á esas tres fachadas el lado en donde estoy, que no veo y que las completa, pon en el centro un hermosísimo pavimento dividido en compartimentos de color, inmenso mosaico que ocupa toda la plaza, y comprenderás, Adela mía, que si tú estuvieras, y los niños contigo, la plaza de Furnes nada tendría que envidiar á la plaza Real.

Llego de Ostende. En Ostende no hay nada, ni

siquiera ostras. Es decir, hay el mar, y soy un ingrato al hablar de Ostende en estos términos. Y soy tanto más ingrato en cuanto he sido en Ostende objeto de toda suerte de favores por parte del mar y del cielo. En primer lugar, al entrar en Ostende, había llovido toda la madrugada; pero cesó de repente la lluvia, las nubes desaparecieron, el sol se puso á secar diligentemente las piedras, y he podido pasearme dos buenas horas á la orilla del mar con el reflujo. ¡Ay! Ni una pobre concha, *Totó* mío. Nada más que la arena más suave y más fina del mundo.

Estoy satisfecho de haber visto las dunas. Es menos bello que los granitos de Bretaña y que los acantilados de Normandía, pero es siempre muy hermoso. El mar aquí no está furioso, sino triste. Es otra especie de grandiosidad. Por la noche las dunas dibujan en el horizonte una silueta complicada y, no obstante, severa. Al lado de las olas, que se mueven eternamente, parece como una barrera eterna de olas inmóviles.

Paseándose por las dunas es cuando se comprende la profunda armonía que enlaza hasta en la forma la tierra al Océano; el Océano es una llanura, efectivamente, y la tierra es un mar. Las colinas y los valles ondulan como las olas, y las cordilleras son tempestades petrificadas.

No iba en busca de transiciones; mas puesto que se ofrece una, la tomo. Ayer tarde, querida esposa, vi una tempestad, ó por mejor decir, una gran borrasca, pues nosotros, los hombres de tierra firme, no nos figuramos una tempestad sin nave en peligro y sin naufragio. Sea lo que fuere, tempestad ó borrasca, era admirable. Había entrado para comer en el hotel del *León de oro*, donde entre paréntesis se come mal, cuando oí el rumor de un trueno lejano. Entonces arrojé la servilleta y corrí al mar.

Cuando llegaba al muelle, aunque no habían dado las siete, era noche oscura. En algunos instantes un enorme nubarrón, que de vez en cuando un relámpago dejaba ver como forrado de cobre encarnado, había cubierto el cielo. Yo me adelanté muy adentro en el muelle. Estaba solo, el faro alumbraba silenciosamente detrás de mí, empezaban á caer algunas gotas, y el viento soplaba tan furiosamente, que á veces me dificultaba el paso. Estaba pensando en dos velas á las cuales había seguido largo rato con los ojos dos horas antes. Aquellas dos velas me habían parecido entonces una cosa muy bonita, y ahora me parecían una cosa muy terrible.

Al cabo de algunos instantes me detuve, no sé por qué, pues no había peligro alguno, pero sentía como un secreto espanto. La lluvia caía entonces á torbellinos y el viento soplaba como sollozando, ora disminuyendo, ora aumentando. Yo no veía delante de mí, debajo mis pies y encima de mi cabeza, nada más que un abismo negro como la tinta, del que salía un ruido espantoso. En aquel abismo resplandecía por momentos, y de pronto, un mar de fuego que dibujaba vivamente con su espuma de brasa todos los recodos de una costa sombría y desgarrada. Aquella visión aparecía y desaparecía como un relámpago; y era un relámpago, en efecto.

En aquellos instantes oía encima de mí rodar el trueno de nube en nube, como un madero que cayera del techo del cielo á través de los mil pisos de un gigantesco andamiaje.

Como mis ojos están enfermos, volvía la espalda á los relámpagos. Una vez, empero, me volví, y vi distintamente la lívida flecha del rayo.

Nada en aquel inmenso tumulto me recordaba el cielo y la tierra que vemos ni la vida real, como no fuera la línea fría y geométrica del muelle vagamente

iluminado por ese pálido y siniestro reflejo propio de las grandes lluvias, y junto á mí un gran poste indicador en el que cada relámpago me hacía leer esta inscripción: *Baño de damas*.

Busqué las dos velas en aquel caos, pero afortunadamente no las vi entre ningún relámpago.

La nube pasó por encima de la ciudad durante una hora, luego se hundió en el horizonte y el blanco cielo del crepúsculo reapareció. Por algún tiempo estuve contemplando como corrían rápidamente sobre aquel fondo lívido grandes y negros nubarrones, pero descargados, que iban á chocar sobre la gran nube como sobre un escollo.

Esta mañana, el cielo, que me ha festejado como ves, me ha devuelto el sol y yo me he paseado por las dunas, que se diría al primer golpe de vista que están cubiertas de trigo; os fijáis mejor, y veis que es cizaña en plena prosperidad, imitando el trigo como el mono imita al hombre, como la avispa imita á la abeja, como la parodia imita la obra, como el crítico imita al poeta, como el hipócrita imita al justo. Es una ley eterna: lo que intenta perjudicaros, intenta también substituiros.

Ya te he dicho que se come mal en el *León de oro*. Si queréis comer ternera, id á los puertos de mar. En Ostende no hay pescado, ni langostines, ni, sobre todo, ostras, se entiende. Por lo demás, las ostras de Ostende no son más que ostras inglesas que llevan á Ostende para engordarlas, como se llevan á Marennes las ostras de Cancale. En Ostende no hay bancos de ostras, no hay más que criaderos.

Hacia medio día, como hacía buen tiempo, se bañaban mientras yo paseaba por el muelle. Hombres y mujeres se bañan juntos; los hombres con calzones, las mujeres con bata. Esta bata es una simple camisa de tela de lana muy ligera que baja hasta el tobillo,

pero que, cuando está mojada, se pega al cuerpo, y con frecuencia levántala el oleaje. Había una joven que era también muy guapa, demasiado guapa tal vez. Algunos momentos parecía como una de esas estatuas antiguas de bronce con una túnica de delgados pliegues. Rodeada de espuma, aquella hermosa criatura era perfectamente mitológica.

Brujas, en donde pasé un día antes de llegar á Ostende, es una soberbia ciudad, mitad alemana y mitad española. Llámánla Brujas (*Bruges*) á causa de sus puentes (*Brug* en flamenco), como llaman *Nantes*, la ciudad de tu padre, á causa de sus corrientes de agua (los cien brazos del Loira), *nant* en celta. ¿Te acuerdas, amada esposa? Encontramos esta palabra de la baja Bretaña en Suiza. No dicen un *torrente*, sino un *nant*.

Las gentes de Brujas se hallan en disposición de estropear grandemente su campanario, que es un obelisco de ladrillo del siglo xiv, y, por consiguiente, del mejor estilo. Han cortado ya la punta, la que han substituído con un antipático tejadillo, redondo, vulgar y tonto. Figúrate un Papa á quien hayan quitado la tiara para ponerle un casquete. Tal es ahora el campanario de Brujas.

En cambio, la torre atalaya está completa. Es de la misma época, admirable, mitad ladrillo y mitad piedra. El ladrillo toma á veces tonos mohosos que son magníficos. En Flandes sacan gran partido de ellos. Hacen hasta conchas de ladrillos, hasta mameles de una delicadeza perfecta. Hay que convenir en que los flamencos labran mejor el ladrillo que los bretones el granito. Me refiero siempre á los arquitectos antiguos, pues actualmente no sacan partido de nada; lo mismo en ladrillo que en granito, sólo se cometen tonterías.

Hay también en Brujas muchas casas de hermosas

fachadas puntiagudas; pero siempre feamente enjabelgadas. Lo mismo sucede con el interior de las iglesias; todo en ellas es blanco duro y negro crudo, para júbilo de los curas, sacristanes y vicarios. Ha tiempo que lo digo, el primer enemigo de la iglesia es el clérigo.

Por ejemplo, poseen una sublime estatua de Miguel Angel, uno de los prodigios del arte, y la esconden detrás de un enorme crucifijo. Por treinta sueldos mandé quitar el crucifijo, pues por treinta sueldos hacen muchas cosas esos buenos bedeles belgas, y el crucifijo tal vez no tiene otro objeto.

Aquella estatua es una milagrosa obra maestra. La cabeza de la Virgen es inefable. Contempla á su hijo con un dolor altivo, que sólo he visto en esa cabeza y en esa mirada. En cuanto al niño, con su anchurosa frente, sus ojos profundos y el poderoso movimiento de sus pequeños labios, es, sin duda, el más divino infante que existe. Napoleón, que debió parecerse á aquel niño, lo había hecho transportar á París. Fué recobrado en 1815, y en el trayecto rompieron, debería decir desgarraron, una punta del velo de la Virgen.

Miguel Angel está en aquella iglesia. Rubens, Van Dyck y Porbus también. Allí han dejado, el uno una *Adoración de los Reyes magos*, el otro un *Matrimonio místico de santa Rosalía*, y el tercero una *Santa Cena*. Yo permanecí mucho rato como prosternado ante esas obras maestras. Yo creo que en esto consiste lo que los protestantes llaman idolatría. Sí, idolatría.

No es eso todo, pues aquella iglesia es rica, y no me he guardado lo más ínfimo para el final. La tumba de Carlos el Temerario y la de su hija María de Borgoña están allí, en una capilla. Figúrate dos monumentos en bronce dorado y en piedra de toque. La piedra de toque semeja el más hermoso mármol ne-

gro, aventajándole á la vista por cierta mayor flexibilidad y armonía. Cada tumba tiene su estatua yacente que parece de oro, y en las cuatro caras, blasones, figuras y arabescos sin cuento. La tumba de la duquesa María es del siglo xv, y la de Carlos del xvi. El cuerpo del duque fué transportado desde Nancy á Brujas por Carlos V, ese prudente emperador hijo de Juana la Loca y sobrino en segundo grado de Carlos el Temerario.

Nada tan magnífico como esas dos tumbas, la de María sobre todo. Son dos joyas enormes. Los blasones son de esmalte. A los pies del duque hay un león, á los pies de María dos perros, uno de los cuales parece que ladra á los que se aproximan á su ama. Es una cosa sorprendente, al contemplar las cuatro caras del monumento, aquella selva de arabescos de oro sobre fondo negro, con ángeles por pájaros y blasones por frutos y flores.

Napoleón visitó esas tumbas, y dió diez mil francos para restaurarlas y mil francos al honrado ciudadano que las había salvado enterrándolas durante la Revolución. Según parece, permaneció largo tiempo *pensativo* en esta capilla, me dijo el viejo sacristán. Era en 1811. Y pudo leer en la delantera de la tumba de Carlos de Borgoña su divisa: *Je l'ai empris, bien en avienne* (1); y en el epitafio del reverso pudo leer esta otra frase: *Lequel prospera longtemps en hautes entreprises, batailles et victoires... jusqu'à ce que fortune lui tournant le dox l'oppressa la nuit des Roys, 1476, devant Nancy* (2). El emperador soñaba entonces en Moscou, y no quiso enviar esas tumbas á París.

(1) «Lo he impreso, para bien sea.»

(2) «El cual prosperó por mucho tiempo en altas empresas, batallas y victorias... hasta que volviéndole la espalda la fortuna le oprimió la noche de los Reyes, 1476, delante de Nancy.»

Esas tumbas están tratadas como Miguel Angel. La junta de obreros de la iglesia las ha hecho cubrir con una innoble valla de madera que imita el catafalco del Padre Lachaise y que el parisiense M. Gosse envidiaría. Si queréis ver las tumbas tenéis que pagar. Sirve para la conservación, esto es, el enjabelgamiento de la iglesia. ¡Pobre iglesia! De modo que esas tumbas, su joyel, esas tumbas que deberían decorarla magníficamente, sirven para hacerla más fea. ¡Oh, los administradores!

En esta iglesia instituyó Felipe el Bueno la orden del Toisón de Oro. Enseñan una deliciosa tribuna del siglo xv, horriblemente embadurnada como lo restante, desde donde fueron declarados, según dicen, los primeros caballeros. Lo dudo, pues el estilo florido de aquella tribuna la hace contemporánea de nuestro Carlos VIII. Y en Flandes han estado más bien tardos que adelantados. Construían ojivas como en tiempo de Enrique IV.

Ahora, querida esposa, cuando te haya dicho que el dorado de cada una de esas tumbas costó veinticuatro mil ducados de oro, suma enorme en su tiempo, y que el concierto de campanas de su torre comunal pasa por uno de los más hermosos de Bélgica, habré agotado cuanto tenía que decir de Brujas. Hay, además, una antigua y ruinoso abadía, pero no he tenido tiempo de visitarla. Lo dejaremos para el día que vengamos juntos, Adela mía.

Por lo demás, á partir del siglo xvii, la arquitectura y la escultura toman en Flandes un aspecto más macizo que en otras partes. Las volutas son pesadas, las estatuas son ventrudas, los ángeles no son mofletudos, sino hinchados. Todo ha bebido cerveza.

1.º de septiembre, á las 9 de la mañana.

Me apresuro á terminar esta carta. Hoy regreso á Francia, estaré en Dunkerque y recibiré tus cartas. Será una inmensa alegría para mí, pues espero que todos estaréis sanos y contentos.

Hoy también veré lo que ocurrirá con el pequeño volumen falsificado que me llevo traídoramente en la cartera. Ya te informaré de la aventura.

Te he hablado poco de la falsificación, porque es aburrido, aunque no deja de ser deplorable. Sólo contemplando los escaparates de las librerías he contado cinco falsificaciones de las *Voces interiores*; una en 8.º grande á dos columnas, dos en 18.º, la una publicada por Meline, y la otra por la sociedad llamada *de la propagación de los buenos libros*, y dos en 32.º, una de las cuales es la edición Laurent que me llevo. Por lo demás, Bruselas es la ciudad de las falsificaciones. Hay *pilluelos*, como en París; el frontón griego de la Cámara de los Estados se parece al frontón griego de nuestra Cámara de los diputados; el lazo amaranto de Leopoldo es una imitación de la legión de honor; las dos torres cuadradas de Santa Gudula, hermosas al fin, tienen un falso aspecto de las de Nuestra Señora. Finalmente, por una maldita casualidad, el insignificante río que pasa por Bruselas se denomina, no precisamente el Sena (*la Seine*), sino el *Senne* (que se pronuncia lo mismo).

Y va otro volumen, esposa mía. Perdóname y quiéreme. Di á Didina que cuento escribirle la próxima vez. Un apretón de manos á nuestro padre y besos á nuestros queridos hijos, que seguramente se estarán divirtiendo. Mis afectos también á nuestro buen

Châtillon, á quien olvidé, me parece, en la última carta.

Te beso mil veces.

A propósito; no vi en Brujas ni una sola circasiana.

XI

LAS DUNAS

A las 5 de la tarde, 1.º de septiembre, Dunkerque.

Querida esposa, estoy en Dunkerque y aun no tengo carta tuya. He llegado, la oficina de la lista de correos estaba cerrada y no se abrirá hasta las dos. Juzga de mi impaciencia. Para engañar el aburrimiento que me invade, te escribo. Será otra manera de ocuparme de ti, menos agradable, pero también dulce.

Mis aventuras han empezado esta mañana. Desde Gante (mi última aparición en Gante, se entiende) hacía el viaje en una especie de cabriolé-cucú, cuyo cochero, un pobre diablo picardo dejado en Gante por ciertos ingleses, estaba contentísimo de regresar á Francia con un viajero. A mí la cosa me parecía de perlas. Las diligencias y la posta van demasiado deprisa; las pequeñas jornadas, los viajes lentos, los caminos vecinales, los itinerarios improvisados por el capricho, según la iglesia ó la torre que se divisan al horizonte, son los que convienen á mi temperamento; así hago un viaje al campanario, mas á mi manera.

Iba andando, pues, tranquilamente con mi cochero picardo, especie de personaje grotesco muy divertido, del que te hablaré tal vez más tarde, si al-